

Ana Paula Maia

## De ganados y hombres

Traducción del portugués  
de Cristian De Nápoli

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A mi querida abuela, Maria Maia*

«*es ist ja bloß ein Tier... nur ein Tier*».

[Es solo un animal, nada más que un animal]

THEODOR ADORNO

«Porque la vida de la carne está en la sangre...».

Levítico, 17, 11

# Capítulo 1

Edgar Wilson está apoyado contra el dintel de la puerta de la oficina de su jefe, el ganadero Milo, que pone fin a una conversación telefónica berreando, gracias a que aprendió a berrear mucho tiempo atrás, cuando, corriendo por el campo, de pequeño, se disputaba con el ternero la ubre de la vaca. La oficina no es más que un cuartito incómodo al lado de la sala de despiece del matadero.

—¿Quería usted hablar conmigo?

—Sí, Edgar.

—Aquí me tiene —dice Edgar Wilson, que se quita el sombrero de la cabeza y lo aprieta con respeto contra el pecho al entrar.

—Quiero que vayas a la fábrica de hamburguesas y que te paguen una factura.

—Don Milo, ¿entonces quién se encargará de sacrificar el ganado?

Milo se rasca la cabeza, enterrando los dedos en la maraña de rizos.

—Estamos cortos de personal, Edgar. Podría reempla-

zarte Luis, pero lo necesito en la línea de sacrificio, para que supervise. Déjame pensar...

Edgar Wilson guarda silencio mientras espera a que el jefe se decida. Por su mente no pasa ninguna idea, ya que no es costumbre suya ponerse a buscar soluciones, a menos que se lo pidan.

—Hoy, lo mismo, no tenías mucho para aturdir — comenta Milo, pensativo.

Tampoco es costumbre de Edgar Wilson dejar de hacer lo que le piden. Don Milo es un hombre trabajador, que pasa catorce horas al día ocupándose del matadero. A ojos de Edgar, es un buen patrón.

—Zeca ya te ha reemplazado algunas veces, ¿no? — pregunta don Milo.

—Estar, estuvo. Pero no sabe golpear a los animales; los deja despiertos. Hace sufrir mucho a las vacas, don Milo. Zeca no es bueno con el mazo, créame.

Don Milo repasa la hoja con la lista de empleados y sus funciones. Piensa un poco.

—Ahora Zeca está en la tripería, pero es al único que tengo — dice como refunfuñando consigo mismo.

—Deja despiertos a los animales, jefe.

—Ya te he oído, Edgar, pero ¿qué quieres que haga? De todos modos terminan degollados — responde don Milo, nervioso.

Edgar se mantiene imperturbable, con la mirada de ojos grises clavada en su jefe. Suena el teléfono. Don Milo lo atiende y pide un segundo.

—Aquí tienes la factura, Edgar. La dirección está ahí anotada. Busca a Tonho y que te dé las llaves de la furgoneta. Además llama a Zeca, que venga a hablar conmigo.

Edgar Wilson asiente con la cabeza y se guarda la factura. Don Milo vuelve al teléfono. Edgar vacila un instante, luego deja la oficina y cierra la puerta al salir. Avanza por un pasillo hediondo y mal iluminado y, después de girar a la derecha, se mete en la sala de aturrido, que es donde pasa casi todas las horas de trabajo. La hilera de vacas y de bueyes siempre es larga. Un empleado se encarga de abrir la compuerta y la vaca que ya ha pasado la inspección y el lavado entra despacio, desconfiada, mirando a los lados. Edgar coge el mazo. El animal camina hasta casi donde está él. Edgar lo mira a los ojos y le acaricia la frente. La vaca golpea el suelo con una de las patas, sacude la cola y resopla. Edgar silba y los movimientos de la vaca se destensan. Hay algo en ese silbido que hace que el ganado entre en un estado de somnolencia y quede íntimamente ligado a Edgar Wilson, entablándose de esa forma una confianza mutua. Con el pulgar manchado de cal, Edgar dibuja una cruz entre los ojos del rumiante y se aparta dos pasos hacia atrás. Es su ritual de aturridor. Alza el mazo y golpea, con precisión, la frente. Ocasiona un desmayo a causa de una hemorragia cerebral. La vaca golpea en el suelo, sufre una serie breve de espasmos hasta que se calma. No va a sufrir, piensa él. El animal descansa ahora tranquilo, inconsciente, mientras otro trabajador lo conduce hacia la siguiente fase, en la que lo colgarán cabeza abajo para degollarlo y despiezarlo.

Edgar le hace una seña a su compañero para que aún no deje entrar en el cubil a la próxima vaca. Camina hasta el sector de tripería y llama a Zeca, que inmediatamente acata su orden. Hay tristeza en el corazón del aturridor

cuando ve, minutos más tarde, salir sonriente al otro de la oficina de don Milo y dirigirse hacia el cubil. Zeca es un joven de dieciocho años, un perturbado. Le gusta ver sufrir a los animales. Le gusta matar. Ya está preparándose para la tarea cuando Edgar vuelve al cubil y le advierte:

—Zeca, que queden bien desmayadas, ¿entendido? No las hagas sufrir.

Este coge el mazo y hace una seña para que el encargado de la puerta deje pasar a la vaca. Cuando el animal queda enfrente de él, lanza un mazazo deliberadamente torpe, para nada certero, y la vaca, gimiendo, caída en el suelo, se debate en agónicos espasmos. Zeca alza en el aire el mazo y descarga dos golpes seguidos que revientan la cabeza del animal, salpicándose, en el rostro, de sangre.

—¿Te gusta así, Edgar? Ahora sí está dormida, ¿no? —dice Zeca, mientras parpadea varias veces con fuerza, a la vez que hace ruido con la saliva acumulada entre los dientes.

Edgar Wilson no responde a la provocación de Zeca. Le da la espalda y camina en dirección al vestuario, para cambiarse de ropa. Se pone unos vaqueros y una camisa de cuadros. Después de pedirle las llaves a Tonho, continúa hasta la furgoneta y se lamenta de que la radio del vehículo esté rota.

Desde que dejó el trabajo en la mina de carbón, la única posibilidad que se le presentó fue meterse en la ganadería y con animales bovinos, aunque lo que él realmente quiere es trabajar con cerdos. Siempre le han gustado los porcinos. Espera conseguir pronto un puesto en un gran

criadero de cerdos que está a unos pocos kilómetros de donde trabaja.

Lo certero de su golpe es un extraño talento que carga en sí una ciencia oculta en lidiar con rumiantes. Si el mazazo en la frente es muy potente, el animal fallece y la carne se vuelve dura. Si tiene miedo, el nivel de pH en la sangre aumenta, lo que acaba dándole a la carne un sabor desagradable. A algunos aturdidores no les importa. Lo que hace Edgar Wilson es encomendar el alma de cada animal que golpea y dormirlo antes de que lo degüellen. No se siente orgulloso del trabajo que ejecuta, pero si alguien debe hacerlo que sea él, que al menos es capaz de sentir piedad por los seres irracionales.

Una vez despiezados, van a parar a dos fábricas de hamburguesas y a distintas cámaras frigoríficas, que mandan camiones a recoger sus lotes de carne. Edgar Wilson nunca ha comido una hamburguesa, pero sabe que es carne que se pica, se prensa y se aplana en forma de disco. Después de pasar por la plancha o la sartén, se mete entre dos rebanadas de pan redondo junto con rodajas de tomate, hojas de lechuga y alguna salsa. El precio de una hamburguesa equivale para Edgar a aturdir diez vacas, ya que gana apenas unos centavos por cada animal que golpea. Cada día tiene que matar más de cien vacas o bueyes y trabaja seis días a la semana, descansando solo los domingos. La producción en el matadero está aumentando y pronto hará falta contratar un segundo aturdidor.

Edgar Wilson tiene que conducir durante casi una hora por una carretera que bordea el río. Todos los mataderos de la región vierten toneladas de litros de sangre



y restos de vísceras de ganado a ese mismo río, el cual va a dar al mar, y con él la sangre de las bestias de campo.

A un lado de la carretera, Erasmo Wagner está apoyado en una bicicleta que tiene la rueda delantera desinflada. De vez en cuando hace una señal con el pulgar, pero todavía no ha conseguido que nadie lo lleve. La mayor parte de los vehículos que transitan por la carretera son camiones pesados y algunos son carretas tiradas por caballos. La mayor parte del tiempo es un camino desierto, de curvas sinuosas y asfalto irregular.

Edgar Wilson aparca la furgoneta en el arcén. Erasmo Wagner sube la bicicleta al vehículo, abre la puerta del copiloto y se sienta al lado de Edgar, visiblemente agradecido.

— Muchas gracias por parar. Se me ha pinchado una rueda.

— ¿Adónde vas?

— Trabajo en la obra para la nueva fábrica de hamburguesas.

Edgar Wilson extiende la mano derecha para saludarlo. El otro responde al gesto:

— Erasmo Wagner. Para servirle.

— Yo trabajo ahí, en el matadero de don Milo — dice Edgar Wilson.

— Sí, ya sé dónde es. ¿Qué hace allí?

— Soy el aturdidor.

Erasmo Wagner baja la ventanilla y apoya el brazo con el codo hacia afuera. Unos metros más adelante, animado por el viento tibio y ruidoso, se deja llevar por el lamento:

— Aquí ha muerto mucha gente.

La hilera de pequeñas cruces al borde de la carretera es interminable. La muerte se alinea en todo el perímetro recorrido, tanto al borde de la carretera como en el río contaminado que surca la región.

Edgar Wilson enciende un cigarrillo y le ofrece otro a Erasmo Wagner. Las nubes se agolpan tapando el cielo, pero a pesar de lo nublado que está no parece que vaya a llover.

—¿Cuándo estará lista la fábrica? —pregunta Edgar Wilson.

—Si no se sigue atrasando, creo que en unos dos meses, quizá tres.

—Va a ser mucho más grande que la otra. ¿Trabajaste también en la obra de la otra?

—No. En aquella época estaba en la cárcel. Me soltaron hace un año y poco.

—¿Estuviste mucho tiempo preso?

—Más de lo que esperaba. Pero pagué por lo que hice y ahora soy libre hasta para morir en esta carretera, que es mucho mejor que morir en la cárcel.

—Morir en libertad es morir con suerte.

En la carretera hay tramos en subida y la furgoneta pierde fuerza, exigiendo cambiar la marcha en dificultosos movimientos de palanca. En el lado izquierdo de la carretera, en un pastizal no muy grande, se ven algunas cabezas de ganado. Las vacas rumian y descansan entre montañosos y exuberantes termiteros construidos sobre el pasto.

—Es muy probable que aumente la cría de ganado en toda esta región —comenta Erasmo Wagner.

—Claro, con otra fábrica de hamburguesas va a hacer

falta más carne. Allí en el matadero el trabajo también va a aumentar.

—¿Cuántas cabezas salen al día?

—Depende del lote. Pueden ser sesenta, noventa. Una vez llegué a golpear ciento sesenta cabezas en un día. Por la noche ni sentía el brazo.

—Ya... Aquí el olor a muerte se siente por todas partes. Edgar Wilson asiente con un movimiento de cabeza.

—¿Y te gusta trabajar en el matadero?

—Sí, me gusta. A veces quisiera no pasar tanto tiempo ahí metido entre la sangre, entre la muerte, pero... es lo que hago.

Erasmus Wagner da una calada profunda al cigarrillo y exhala el humo por la ventanilla. El viento tibio y cortante hace que la bocanada se disipe, desdibujándose su rastro.

—Alguien tiene que hacer el trabajo sucio. El trabajo sucio de los demás. Nadie quiere hacerlo, eso es lo que pasa. Por eso Dios trae al mundo a gente como usted o como yo.

Edgar Wilson sigue mirando al frente, tratando de alcanzar con la vista la zona más lejana, la línea fantasmal que separa la carretera del cielo. Solo una línea, que nunca podrá alcanzarse.

—Lo peor cuando uno golpea a un animal es mirarlo a los ojos.

—¿Y qué se ve?

—No sé. No se llega a ver nada en el fondo de los ojos de una vaca. —Edgar Wilson hace una pausa inquietante—. Yo me quedo mirando, tratando de ver algo, pero no consigo ver nada.

Edgar mueve la cabeza y se encoge de hombros. Arroja la colilla del cigarro por la ventanilla y exhala el resto de humo que quedaba en los pulmones.

— ¿Por qué estuviste en la cárcel?

— Maté a un viejo que era un desgraciado. Había sido un desgraciado toda su vida.

Durante un instante, Edgar Wilson parece estar triste. El silencio cubre las cabezas de ambos. Son confesiones de sangre y muerte entre los que ya están condenados. Hay otros como ellos a ambos lados de la carretera, sobre o bajo tierra. El tono de lamento de los que nunca regresaron está presente ahí, en el eco de las piedras, porque, cuando no hay nadie que ruegue, las piedras claman.

Durante el resto del viaje guardan silencio. Erasmo Wagner da las gracias por segunda vez y, empujando la bicicleta con la rueda pinchada, camina en dirección a la fábrica.

Edgar Wilson conduce y sigue con el pensamiento fijo en la oscuridad de los ojos de los rumiantes, esforzándose por descifrar algún leve signo que logre revelarlos. Pero todo el esfuerzo puesto por su imaginación resulta incapaz de arrojar nada de luz en la oscuridad: ni en aquella que los insondables ojos bovinos proyectan, ni en la penumbra que lo acompaña a él mismo y recubre su propia maldad.

Al llegar al aparcamiento de la fábrica de hamburguesas, Edgar Wilson se identifica ante el encargado de seguridad. Este se comunica por radio con otro empleado, abre el portón y le da las buenas tardes a Edgar, que le devuelve el saludo.

Aparca la vieja furgoneta color beis salpicada de manchas de óxido entre dos camiones nuevos. Se mete la camisa por dentro del pantalón, saca de la guantera un peine con el que se retoca el pelo rubio y ondulado, coge la factura y sale del vehículo hacia la fábrica. Una mujer lo recibe con una sonrisa de circunstancia y lo lleva hasta una oficina limpia y bien aireada e iluminada. Edgar se sienta en un sillón de cuero y espera a que lo atiendan.

Diez minutos después, un hombre vestido de traje entra en la oficina y se sienta a la mesa. Edgar se pone de pie y se acerca al hombre, que parece muy ocupado y molesto; después le extiende la factura.

—Don Milo me envía.

El hombre lo mira unos segundos, de arriba abajo. Pulsa repetidas veces el botón de la punta de un lustroso bolígrafo, y ese ruidito irritante parece reconfortarlo.

—¿Don Milo?

—El dueño del matadero Touro do Milo.

—Ah, sí, don Milo..., nuestro proveedor. —El hombre hace una pausa—. Entonces, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Vengo a cobrar esta factura.

—¿Es usted el contable del matadero?

—No, señor, soy el aturdidor.

El hombre se llama Federico. Edgar Wilson alcanza a leer el nombre impreso en la placa que lleva a la altura del pecho, sobre el bolsillo de la chaqueta.

—¿Cómo?

—El aturdidor.

Federico opta por interrumpir en ese punto la charla. Se imagina el trabajo que debe de hacer la persona que tiene delante de él y no le apetece lo más mínimo seguir

pensando en el tema. Mira lo que queda de su almuerzo sobre el escritorio: una hamburguesa con mostaza alemana ligeramente picante y pepinillos encima.

— Acérquemela — dice, señalando la factura que lleva Edgar en la mano. Mira el documento, lo verifica. Llama a otro departamento, habla en voz tan baja que solo algunas palabras llegan a sonar inteligibles. Después de la llamada, se recoloca la corbata y dice—: Voy a darle un cheque, ¿le parece?

Edgar responde que sí con la cabeza.

— Hubo un error. Dígale al señor Milo que nos disculpe, que nos retrasamos un poco. Dígale también que estamos muy satisfechos con la carne que nos manda. Continúe por el pasillo a la izquierda, encontrará una puerta con una placa en la que pone «CONTABILIDAD». Pase y dele la factura a la chica que lo está esperando; ella le entregará el cheque.

— De acuerdo, señor.

Por el pasillo, Edgar Wilson se cruza con hombres vestidos con delantales blancos, totalmente inmaculados. Nunca ha estado en un lugar tan limpio como ese. Muy diferente del ala del matadero donde trabaja y muy diferente también del ala del matadero donde come y descansa, la vivienda en la que él y varios trabajadores como él se recluyen. Ambos confinamientos, el del ganado y el de los hombres, se ubican uno al lado del otro, pared de por medio, y por momentos un mismo olor los une. Solo las voces que vienen de un lado y los mugidos del otro llegan a distinguir entre hombres y rumiantes.

En la oficina del Departamento de Contabilidad, una mujer bajita y con gafas le entrega un cheque al portador

y se queda con la factura. Edgar Wilson se guarda el cheque en el bolsillo y se dirige hacia la salida. Están cargando de hamburguesas uno de los camiones. Enciende un cigarrillo y, apoyándose contra la furgoneta, observa a los hombres que trabajan. De lo alto de una pila bastante alta de cajas cae una caja de cartón y acaba reventándose en el suelo. Se acerca y se agacha junto a ella, inspeccionando su contenido. Tiene buena pinta. Uno de los mozos ocupados en cargar el camión le ofrece una caja de hamburguesas, cosa que él agradece antes de entrar en la furgoneta.

Cuando regresa ya está cayendo la tarde, el sol se pone detrás de un grupo de nubes granuladas y el crepúsculo se vuelve de color afrutado, como una granada abierta por la mitad. Con las nubes ya disipadas, el reflejo del sol al ponerse enciende los ojos de Edgar Wilson que, incluso en días radiantes, insisten en permanecer grises.

Aparca la furgoneta en el patio del matadero. La jornada de trabajo ya ha llegado a su fin y solo quedan los empleados a cargo de la limpieza. Edgar Wilson entra en la oficina de don Milo y le entrega el cheque. En el cubil de aturdido se percata de la excesiva cantidad de sangre y repara en los pedazos de cráneo destrozado.

Es la hora en que cantan las cigarras. La noche se aproxima, envolviendo el firmamento y devorando el crepúsculo. Ya se dejan ver algunas estrellas. Edgar Wilson entra al aseo del sector de viviendas. Espera hasta que solo queda Zeca en el baño. Con el mazo, su herramienta de trabajo, encaja un golpe preciso en la frente del joven, que cae al suelo entre terribles convulsiones y una serie de gemidos casi sin voz. Edgar Wilson dibuja

una cruz antes de colgar el cadáver de Zeca y de cubrirlo con una manta. No se ha derramado ni una sola gota de sangre. El suyo es un trabajo limpio. Al fondo del río, junto con restos de sangre y vísceras de ganado, lanza esa noche el cuerpo de Zeca que, con el discurrir de las aguas, al igual que el río, acabará yendo a parar al mar.

Cumplido su deber, Edgar Wilson va a la cocina de viviendas y fríe las hamburguesas. Los compañeros y él se comen toda la caja, asombrados: así, redonda y bien condimentada, no parece que haya sido una vaca. Nada deja vislumbrar el horror desmedido detrás de algo tan delicado y sabroso.